

# *Los sueños de Eva*

de Carles Cortés

## I

Yo también fui joven... Y no hace tanto tiempo, aunque parezca lo contrario. ¡Os lo puedo asegurar! Era otra época, ya lo sé... ¡pero también éramos felices! Y también teníamos problemas, alegrías, conflictos y esperanzas. Era, en definitiva, un tiempo diferente pero que, seguramente, os resultaría bastante similar al de ahora, al vuestro. Con sus diferencias, es evidente, con sus cambios, y desde la distancia, pero en el fondo, igual, tan igual. Ahora ya no me gusta salir de casa, ya me veis, con los pies bajo la mesa camilla, cerca del fuego, porque mis piernas no tienen la misma fuerza que antes... Y es que fuera, en la calle, hace mucho frío, ¿no lo habéis notado? Seguro que esta noche nieva, caerá mucha nieve, copos blancos, racimos de hielo...; ¡hace tiempo que en este pueblo no nieva! Las cosas ya no son como antes, cuando hacía frío de verdad e íbamos a dormir con el deseo de que al día siguiente no hubiera escuela, ¡porque no podíamos ni abrir la puerta! Y a la escuela no, no íbamos... y más nieve, montones de nieve, con las manos llenas... todo estaba blanco y oscuro al mismo tiempo, con poca luz... Y abría la ventana, sin que mi madre se enterara y sólo veía nieve y más nieve, y el cielo muy blanco y denso... Llamaba a mi hermana... Sara, ¿no ves cómo está cayendo? ¡Cada vez con más fuerza! De nuevo hacia la cama, a sentir nuevamente el calorillo de las mantas encima de mi cuerpo. Porque las mantas de antes pesaban, no como las de ahora, que ya veis, que ni son mantas ni son nada. Parece que sean de papel, con sus cuatro pelitos y... las de antes eran de lana, que calentaban realmente... ¡eran otra cosa! En invierno, había algunos días en los que mi madre nos ponía tantas encima que nos levantábamos con la sensación de haber recibido una paliza... Un dolor interior, en los huesos, por la presión que habíamos soportado durante toda la noche. Pero nosotros, calentitos, eso sí. Estaba hablando... ya, sobre la nieve que caía y caía durante toda la noche. Ahora lo recuerdo. Una vez, mi hermano mayor, el tío Andrés, del que ya os he hablado otras veces, no pudo volver del teatro al que había ido por la tarde para ver alguno de esos divertidos sainetes que, en ocasiones, representaban en el pueblo los domingos por la tarde. Mientras estaba en el teatro, no paró de nevar, y nevó tanto, que apareció casi un metro de nieve en la calle, lo que les impidió incluso abrir las puertas. Cuando había comenzado la obra ya estaba nevando, pero nadie podía imaginar que en poco más de una hora cayera tanta precipitación. Finalmente, consiguieron salir por las ventanas y fueron a las casas más próximas, porque para venir a casa de nuestros padres tenía que cruzar el camino que unía el edificio con la carretera y este atajo, tan pronto llovía o caía cualquier otra cosa, era imposible atravesarlo. Debéis tener en cuenta que no existía el asfalto que tenemos ahora, no, ni nada parecido... pero todo era tan bonito, tan blanco cuando nevaba... ¡Qué recuerdos! ¡Qué sueños de infancia! Jaime, hijo mío, quieres comprobar que esté bien conectado el cable de la estufa... hace un frío de morirse y siento que me cala en los huesos... Y haced caso de los sueños, de los recuerdos del pasado... ya, ya veréis como tengo razón, que, a mis setenta y cuatro años, los he visto de todos los tipos...

Yo era una joven como las demás, eso sí, muy presumida y de buen ver. Decían que daba gusto verme cuando me arreglaba para salir a la calle. Porque, aunque sólo tuviera catorce o quince años, ya me pintaba... y claro que lo hacía, pero muy discreta, para que nadie dijera cosas extrañas de mí, cosas feas que yo oía sobre otras chicas del barrio... que si Pepita parece un pendón con los labios rojos, que si Paquita ha salido a su madrina, y ya ves tú qué ropas más ajustadas lleva y todo eso. El vestido, bien largo, para que no se me viera más

arriba de los tobillos, el cinturón, bien ajustada, con el pliegue del vestido bastante suelto, sin marcar mi cuerpo. Porque yo estaba, y aún lo estoy, un poco rellenita... ya sabéis las manías que siempre tenemos las mujeres: pensar que todos nos miran como si fueras un saco de patatas o de limones. Mi madre, la abuela Antonia, siempre me había puesto faja, de esas que aprietan las carnes desde pequeña, porque ella decía que así no se me haría barriga, como a mi padre, que él sí que parecía no sé qué, con esa cintura que le impedía atarse los zapatos... bien apretadita y bien tapadita, así me gustaba pasear por el puente, para ir al centro del pueblo. Y yo sabía que me miraban, pero disimulaba. Nunca me ha gustado sentirme observada... ¡Y todavía menos por un hombre! Nadie osaba decirme cosas atrevidas, porque yo en seguida desaparecía: mira Eva, ¡qué gusto da! ¡Como su madre, cuando era joven! ¡Qué dices! Ya querría la señora Antonia haber tenido la mitad del gusto que tiene la chica. ¡Si parece una señora!

No teníamos agua en las casas... estábamos en la posguerra; aquella guerra, la maldita guerra que ahora estudiáis en las clases como una cosa lejana, extraña y que a mí, como a la gente de mi época, nos tocó vivir... Mi padre murió en el último bombardeo de los aviones alemanes, de la metralla, porque los fascistas de aquí no tenían ni aviones ni vergüenza, ni nada de nada. Él murió mientras intentaba ir al refugio después de haber salido del trabajo. Pobre Joanet, mi padre, ¡qué poco tiempo estuvo con nosotros! Yo era la más pequeña, la *menueta*, como decía él, porque no sé si sabéis que era de Alicante, y cuando me llamaba decía, la *menueta*, dónde está mi *menueta*, y otras cosas que decía que a mí me hacían gracia y a mi madre no: tanto tiempo en este pueblo y aún no sabes hablar bien, y es que mi madre ya me lo decía, que no me casara contigo, que no tenías ni oficio ni beneficio y que eres un zángano, un auténtico haragán, como todos los de tu pueblo, que sólo servís para pasear, alicantino, borracho y fino... y mi madre siempre le reñía porque no traía a casa el dinero que ganaba en la fábrica, decía que había pagado la comida de aquella semana y no sé cuántas cosas más, pero ella, la pobre Antonia, sabía que no era así, que lo habían visto en el casino, que el juego era su perdición. Los cuatro hermanos los mirábamos, los escuchábamos y no los entendíamos. Sólo sabíamos que vivíamos en una casa sin agua y que había que ir a la fuente dos veces al día para llenar los cántaros y lavar la ropa, y eso sí que me gustaba... porque ni Sara ni Teresa, ninguna de mis hermanas, querían hacerlo. Y yo sí; cogía toda la colada dentro del barreño, con la sosa y el cepillo, y rápido, hacia el río, hacia el lavadero que había inaugurado recientemente el alcalde, don José Llorens, *en honor de todas las mujeres de este pueblo que se resistieron al poder de los rojos*... yo había estado aquel día y no entendía qué quería decir con todo eso de *los rojos* arriba y *los rojos* abajo. Y a mí, ciertamente, me apetecía llevar el vestido rojo que la madrina, la señora Paca, la panadera, que era también madrina de Paquita, mi amiga, de la que os he contado que me malhablaban a causa de sus ropas ajustadas... pues, eso, que ella me lo había regalado, cosía muy bien, es cierto, con unas manos por las que pasaba el hilo de una manera que, sin querer, hacía unas blusas y unos vestidos que por eso creo que todas las mujeres de la calle querían que fuera la madrina de sus chiquillas. Y así, ya me veis allí con el vestido rojo, tan bonito, en el día de la inauguración del lavadero que, en el fondo, no era sino una acequia, una balsa muy preparadita para que las mujeres nos dejáramos la espalda... Y don José repetía sin parar que si éramos el futuro de la patria y otra vez que si los *rojos* no habían podido y que... en el fondo, tonterías para obligarnos, a las mujeres del pueblo, a enjuagar la ropa a los hombres como él... que seguro que su mujer se pasaba el día almidonando su camisa... que don José parecía que se hubiera tragado un cucharón, que mi madre ya me lo decía, y que ella, doña Rosario, que para mi madre era Charito, la pescadera —su familia había vendido siempre pescado en el mercado, aunque después decía que su padre era de la *marina mercante*, ya se sabe cómo algunas son de quiero y no puedo—, siempre una desgraciada, con una cara de angustia, de sufrir, que mientras el hombre decía aquellas palabras yo me la imaginaba con el cepillo cara al lavadero

y don José con la correa gritándole más fuerte, más fuerte... Todo eso, como podéis imaginar, lo pensaba en mi interior; por fuera me mantenía calladita mirando el espectáculo del alcalde y las bocas pintadas de la señoras ricas del pueblo que iban a una inauguración que les importaba bien poco porque seguramente no ninguna se acercaría a doblar su espalda... sus criadas, sí, por supuesto, pero ellas... También veía cómo me miraban algunas de estas mujeres de buena familia, que miraban mi vestido rojo y decían —lo escuché—, mira la hija de Antonia, qué parece, y eso que no hace ni un año que su padre ha muerto... pero, mujer, si se ha puesto el color del padre... y la hija parece que también es atea... y endemoniada, ¡como toda la familia! Un vestido rojo para el luto, sí señor, ¡qué educación les da Antonia! Eran tiempos de odios, de venganzas, de envidias por una cosa o por otra, porque la guerra se había acabado, pero las diferencias continuaban igual y, como siempre, los más perjudicados eran los que no tenían nada, ya por rojos, ya por ateos, ya por vivir del campo... eran motivo de agresiones por aquellos estafadores que eran muchos de los ricos del pueblo... Las mujeres continuaban hablando... << ¡Pobre Antonia! Qué cruz tuvo con su marido y ahora, ya ves, la hija pequeña ha salido como el botarate ése...>> Yo no hacía caso; delante de mí, todo eran alabanzas, ¡Qué bonita has venido, hija!; cuando me iba, me criticaban. Por mi cabeza sólo pasaba la idea de venir pronto con la ropa de casa y enjuagarla, con mi cepillo y la sosa. Porque el lavadero había quedado bonito y el lugar, a la orilla del río, era un prado precioso, con hierbas en medio de las piedras, el agua clara, las flores... un lugar donde podía sentarme horas y horas esperando a que la ropa se secara. Cuando llegaba a casa tenía muy buena cara, con las mejillas sonrojadas por el sol que me había tomado y la ropa bien perfumada al brazo. Mi hermana Sara prefería quedarse en casa con mi madre, con la comida, con el resto de quehaceres de la casa; yo prefería salir, al aire, al cielo, a las nubes, al río, a las calles. Me gustaba ver la gente que iba por el pueblo y yo me veía una más, camino abajo del río, por debajo del puente, con mis trastos y mis canciones, porque me gustaba cantar, por supuesto, unas melodías de enamorados: ¡las canciones de antes no eran como las de ahora! Aquéllas sí que tenían ritmo y letra y amor, mucho amor y mucha pasión, y algunas... no sé qué cara pondrían las amigas de doña Rosario cuando las escuchaban, porque todo era corazón, tu cuerpo, tu pecho y morir por ti, amor mío. Seguro que las escuchaban a escondidas, y que lloraban, como yo lo hacía, ¡no tengo ninguna duda! Pues eso... camino abajo y nunca — ¡os lo puedo asegurar!— volvía sola... siempre había algún joven que se me insinuaba, que quería ayudarme, que si yo era muy guapa, que me había visto el día de la fiesta mayor y que cómo me llamaba y que no puedes subir el camino con todo este peso y que te ayudo. Yo, de manera disimulada, me mostraba como una muchita inocente, decía que no podía aceptar sus favores, que no te conozco de nada, que a mi madre no le gusta, que qué pensarán las otras chicas del lavadero si me ven contigo... pero al final aceptaba, ¡por supuesto! Me libraba del peso del barreño lleno de tela; la ropa mojada pesa más, ahora con las lavadoras... no lo sabéis, no lo habéis conocido, pero era muy pesado. Los jóvenes que me acompañaban, por la cara que ponían, estoy segura de que se arrepentían de ello, porque mientras volvíamos del lavadero yo jugaba con ellos y les decía que tenía prisa, que teníamos que llegar pronto, para que mi madre no notara nada, ya que si supiera que me acompañaban... Y ellos jadeando, con la lengua fuera y subiendo la cuesta y preguntando que... ¿cuándo nos volveremos a ver, qué día, a qué hora?, y yo les decía que mi madre no quiere que salga, que soy muy joven, que todavía estamos de luto por el padre y que... ¡Que no me gustaba ninguno! La verdad es que dejaban mucho que desear; esto os lo puedo contar porque sois gente joven y me entendéis, en aquella época no lo podría haber contado a nadie, ni a mis mejores amigas Paquita y Pepita, porque no sé qué hubieran pensado de mí, aunque ellas me contaban otras cosas. Los chicos me parecían feos, sucios, con olor, aunque se pusieran mucha agua de colonia no me satisfacían, no, que no, que no los quería. Pero me venían bien, ¿no creéis? Al fin y al cabo, eran ellos los que querían ayudarme... y yo les dejaba. ¿Qué hubieras hecho tú, Mireia mía?